



# Una traductora argentina suelta en Suiza...

Fernanda Aragona

A través de una carta de tono personal, la traductora Fernanda Aragona nos cuenta su experiencia profesional en Suiza donde explica cómo se desarrolla la labor del traductor y la compara con el escenario argentino. También retrata el estilo de vida suizo en el que conviven pacíficamente cuatro idiomas nacionales.

Tras dilatarlo durante algunos años debido a los avatares de la economía local, después de casi 4 años, tomé la decisión y volví a Europa. A Lugano, Suiza, más precisamente.

Además de encontrarme en un paraiso de belleza, organización, respeto y justicia, comprobé también que se trata de la tierra prometida de los traductores. Así es, una diversidad de idiomas encerrada en un territorio tan pequeño como lo es Suiza. Aproximadamente 7 millones de habitantes que en su tarea diaria por seguir la estructura ordenada de construcción de su país, conviven esforzándose en comprenderse, en respetar su identidad cultural y valorizando, en ella, sus cuatro idiomas nacionales: alemán, italiano, francés y romanche.

Siete millones de habitantes incluidos, a su vez, en un continente que está a la vanguardia de la tecnología, del diseño, la moda, la economía y la movilidad poblacional. Sumado a ello, globalización e Internet redujeron el mundo a la dimensión de un clic.

¿Y nosotros? ¿Los traductores? Aquí sentimos latir nuestra profesión como al ritmo acelerado del corazón de un atleta que se halla en plena competencia olímpica.

La convivencia en Suiza exige de un amplio dominio y flexibilidad idiomática ya que las dificultades se presentan en simples actos cotidianos como leer la etiqueta de un jabón en el supermercado, informarse sobre las previsiones meteorológicas, nutrirse de los medios de comunicación o activar el navegador satelital del auto. Cualquier acción que quiera realizarse en Suiza requiere previamente la elección del idioma: ¿italiano, francés, alemán? Luego sí, se está en condiciones para poner en marcha la actividad.

Camino por las calles de Lugano escuchando todos los idiomas, converso con su gente, converso con profesores y traductores. Me siento inmersa en un sistema en el que están dadas las condiciones óptimas para el ejercicio de la profesión: fuerte demanda, tecnología, honorarios asombrosos, economía activa, dinámico circuito de consumo y gran respeto a la profesión y al profesional.

Sin embargo no es oro todo lo que luce. Se nota fuertemente la tensión entre aquellos que bregan por la tutela de la profesión mediante una ley y una asociación que los regule y aquellos que prefieren el trabajo fuera de todo límite y burocracia.

Me resultó sorprendente la modalidad de cobro que en general no se rige por palabras o por fojas como en nuestro caso sino por carillas (de 25 renglones, conteniendo cada renglón 50 caracteres) o por renglones. De todos modos juega un papel preponderante al momento de imponer los honorarios el conteo de los caracteres ya que por las características del idioma alemán sería injusta la aplicación de tarifas por palabras. De acuerdo a mis largas horas de navegación en Internet, el costo estimado por renglón gira en torno de los 3 - 4 francos suizos, es decir, aproximadamente \$7,50 o \$10, lo que sería un total de \$375 - \$500 el equivalente a nuestra foja. ¿Deslumbrante, verdad?

Haber viajado al Viejo Mundo revitalizó mi autoestima ya que pude comprobar personalmente que la organización y la profesión del traductor argentino es no sólo valorada sino también admirada.

Es por eso que deseo compartir con todos ustedes mis experiencias para que jerarquicemos cada vez más nuestra profesión mediante el actuar virtuoso, lo que implica también precio justo por el servicio profesional que brindamos y exigir respeto cuando se contraen nuestros servicios.